



Capítulo 458: Eres interesante

La atmósfera dentro de la cueva parecía vibrar.

Las patas de Spiderling raspaban la piedra a un ritmo irregular, como si fuera una máquina que se ajustaba al ataque perfecto. Sus ocho ojos estaban fijos en Virgilio, pero él parecía... distraído. La lanza descansaba sobre su hombro y su cuerpo se relajaba.

"¿Listo para la clase, araña?" Su voz tenía una ligereza que sólo aumentaba el peso del insulto.

Ella no respondió—simplemente desapareció.

El sonido llegó primero: un chasquido agudo, luego el rugido del desplazamiento del aire cuando ella reapareció a centímetros de él, con la hoja ósea descendiendo en un arco mortal.

Virgilio se giró hacia un lado y la lanza describió un semicírculo perezoso que desvió el golpe sin esfuerzo. "Rápido. Más rápido que antes... pero todavía demasiado lento."

Su rugido resonó.

Siguió una ráfaga de golpes —patas, veneno, mandíbulas que se cerraban como trampas de hierro. Virgilio retrocedió milímetros, a veces ni siquiera eso. Cada esquiva parecía calculada, por lo que casi lo tocó, pero nunca llegó a lograrlo.



"Estás aprendiendo a variar tu ritmo. Bien. Pero..." Le golpeó el hombro con la punta de su lanza, como si estuviera marcando un objetivo. "...predecible."

La furia se elevó en ella como una ola.

Saltó al techo, sus garras se clavaron en la piedra y disparó desde arriba como una lanza viviente. Vergil retrocedió, pero no para escapar—sólo para extrañarla por un pelo.

"Mejor. Más audaz." Él sonrió. "Veamos hasta dónde puedes llegar."

Zuri, apoyada contra una columna, abrió los ojos. "¿Él... la está entrenando?!"

El siguiente ataque fue diferente.

Comenzó a moverse en ángulos imposibles, cambiando de dirección en el aire, utilizando las paredes y el techo como escalones. Cada impacto de su pata arrojó fragmentos de piedra. Vergil sintió el aumento—ella se estaba volviendo más rápida ante sus ojos.

Y le hizo gracia.

"Acum, da. Estás empezando a parecer algo que vale mi tiempo."

Se abalanzó por primera vez y la lanza cantó en el aire. No estaba destinado a matar—sino a llevarla al límite. Cada golpe obligaba a esquivar desesperadamente, cada paso que daba parecía reducir el espacio a la mitad.

Ella gruñó, escupiendo veneno en una parábola perfecta para bloquear su camino.



Virgilio atravesó la nube tóxica como niebla, haciendo girar la lanza para disiparla. La hoja rozó su abdomen—sangre verde oscura salpicada sobre la piedra.

"La lastimaste otra vez." Miró el líquido. "Estás volviendo lento otra vez... ¿o es solo una distracción?"

"¡No!" Se abalanzó con un rugido y ahora sus golpes eran más fuertes. Cada impacto con el suelo sacudió la caverna.

Vergil se dio cuenta: estaba incorporando su peso corporal a sus ataques. Adaptación rápida. Bien.

También empezó a acelerar.

La lanza se movía como una extensión de su brazo, a veces bloqueando, a veces empujando, a veces simplemente tocando. Cada vez que la punta la tocaba, era como una lección silenciosa: aquí radica tu defecto.

Su respiración se volvió más irregular, pero su fuerza... sólo aumentó.

Sus patas traseras impulsaban saltos cada vez más violentos. Sus mandíbulas se combinaban con ganchos de garra, como golpes combinados.

Virgilio se rió. "Realmente quieres comunicarte conmigo, ¿no?"

"¡Te aplastaré!" Ella giró en el aire, intentando golpearlo con dos espadas a la vez.



Esquivó, dejando que la primera hoja pasara a centímetros de su cara... y atrapó a la segunda con el eje de la lanza, torciendo su movimiento hasta que perdió el equilibrio. "Casi. Casi me atrapas esa vez."

Ella cayó al suelo y saltó hacia arriba, sin detenerse. Ahora Vergil notó algo nuevo—su tiempo de reacción se había acortado. Ella estaba empezando a anticipar sus movimientos.

"Estás aprendiendo a leer mi cuerpo. Bien." Hizo un movimiento en falso con su lanza, obligándola a caer en la trampa... pero ella no lo hizo. Ella esquivó hacia un lado, atacó desde abajo, tratando de atrapar sus piernas.

Vergil saltó hacia ella, girando en el aire y estrellándose el eje de la lanza en la espalda —no para herir, sino para anotar otro punto débil.

Ella rugió y se giró tan rápido que el sonido del aire desgarrándose sonó como un trueno.

Esta vez, Vergil tuvo que usar dos movimientos para escapar: primero retirarse y luego girar. La punta de su espada atravesó su abrigo.

Su mirada brilló. "Aún mejor."

La pelea se convirtió en un baile. El sonido de las patas contra la piedra, el silbido del veneno, el chasquido de la lanza. Virgilio, siempre un paso por delante, ahora tenía que pensar en mantener esa distancia. Él sacaba lo mejor de ella y ella respondía.

"¡Tú... no eres invencible!" Ella gritó, tratando de clavar todas sus patas en el suelo y lanzar todo su cuerpo como un proyectil.



Virgilio blandió su lanza y la detuvo a mitad del salto; la fuerza de los dos impactos resonó como un trueno a través de la cueva.

La empujó hacia atrás y se deslizó por el suelo.

"¿Invencible? No." Inclinó la cabeza. "Pero para ti... todavía soy inalcanzable."

Lo que vino después fue puro caos.

Atacó con todas sus fuerzas, sin pausa, encadenando cada golpe al siguiente. Virgilio contraatacó, pero no para poner fin a la lucha—para prolongarla. Quería ver hasta dónde llegaría.

Cada vez que ella aprendía a evitar un golpe, él cambiaba su ritmo. Cada vez que ella encontraba un nuevo ángulo, él cerraba la brecha.

Zuri, mirando, susurró: "Él... está enseñando a su propio enemigo cómo luchar contra él."

Virgilio escuchó, incluso sin mirar. "Y aún así... ella no me derrotará."

El veneno llegó ahora en ráfagas cortas y precisas.

Usó las paredes para empujes cortos, mezclando ataques altos y bajos, lo que obligó a Vergil a cambiar constantemente su postura. Él, a su vez, se adaptó al instante siguiente, bloqueándose o esquivando siempre por la piel de sus dientes.

Su velocidad estaba en su límite.



Con cada choque saltaban chispas —metal contra hueso, piedra contra garras. El sonido resonó a través de la cueva como un tambor de guerra.

Y luego... Ella hizo algo que Vergil no esperaba. Detuvo su ataque a mitad del swing, dio un paso atrás y esperó. Los ocho ojos se fijaron en él.

Virgilio sonrió. "Ella aprendió a parar. Pensar."

"Aprendí... a matarte."

Ella saltó—pero ahora, el ataque no venía de un solo ángulo. Era una secuencia imposible: veneno a la izquierda, espada a la derecha, golpe de mandíbula por encima. Virgilio bloqueó el veneno, esquivó la espada... y sintió que la mandíbula le raspaba el hombro.



Sangre. Rojo. La primera vez que realmente lo tocó.

Él se rió. Una risa baja y satisfecha. "Finalmente."

Y luego, antes de que ella pudiera aprovecharse, él se movió.

Demasiado rápido para que ella lo siga. La lanza se estrelló contra tres puntos de su cuerpo, y cada golpe desvió un ataque, hasta que fue empujada contra la pared.

Pero no aplastado. No derrotado.



Virgilio dio un paso atrás. "Otra lección. Nunca te dejes llevar por tu primera victoria."

Ella jadeaba y su cuerpo temblaba de esfuerzo. Pero sus ojos... brillaban. No había miedo. Había hambre.

"Vamos, pequeña araña. Aún no ha terminado." Giró la lanza y extendió los brazos. "Muéstrame el siguiente paso de tu evolución." Él comenzó a curarla, usando su sangre.

"Vamos, levántate y hazte más fuerte. Haz crecer las piernas, vamos, haz crecer las piernas y lucha como un humano," dijo Vergil, con los ojos explotando de locura, de fascinación.

Su evolución fue... interesante.

